

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA

I

Pasaron ya los días en que, para fines dinásticos, los reducidos ejércitos de soldados de profesión iban á la guerra para conquistar una ciudad ó una provincia y buscaban después cuarteles de invierno ó se firmaba la paz.

Las guerras actuales llaman á las armas á naciones enteras y apenas hay familia que no haya de sufrir sus consecuencias. Todos los recursos financieros del Estado se destinan á este objeto y las diferentes estaciones del año no influyen en el incesante progreso de las hostilidades.

Mientras que las naciones sigan siendo independientes unas de otras, habrá desacuerdos que no se pueden conciliar sino por la fuerza de las armas; pero en interés de la humanidad debe esperarse que las guerras sean al fin menos frecuentes, por lo mismo que son más terribles.

Hablando en general, no es ya la ambición de los monarcas la que hace peligrar la paz: la opinión pública del pueblo, su descontento por la marcha interior de los negocios públicos, la lucha de los partidos y las intrigas de sus jefes son las verdaderas causas de que se turbe la paz. La declaración de guerra, tan grave en sus consecuencias, se hace más fácilmente por una numerosa asamblea, cuyos individuos ninguna responsabilidad particular asumen, que por un hombre solo, por elevada que sea su posición; y es más fácil hallar hoy en día un soberano amante de la paz que un parlamento en donde reinen la sabiduría y la prudencia. Las grandes guerras de los modernos tiempos han sido declaradas contra el deseo y la voluntad de los gobernantes. En la actualidad, la Bolsa alcanza tal influencia, que puede hacer levantar ejércitos para empeñar la lucha tan sólo con el fin de favorecer sus intereses. Méjico y Egipto se vieron invadidos por ejércitos europeos simplemente para satisfacer las demandas de la *alta hacienda*. La pregunta: «¿Tiene esa nación fuerza suficiente

para hacer la guerra?» no tiene tanta aplicación como la de: «¿Es ese gobierno bastante poderoso para evitarla?» La Alemania unida ha usado sus fuerzas hasta ahora solamente para mantener la paz europea; un gobierno débil á la cabeza de un Estado vecino debe considerarse como una amenaza permanente contra la paz.

La guerra de 1870-71 se suscitó precisamente por estas circunstancias. Un Napoleón en el trono de Francia debía justificar y legitimar sus derechos por los triunfos políticos y militares; pero las victorias alcanzadas por las armas francesas en lejanos países no satisficieron en general sino algún tiempo; los triunfos de los ejércitos prusianos excitaron envidia y fueron considerados como arrogantes, como un reto: los franceses querían vengarse de Sadowa. El espíritu liberal de la época era opuesto al gobierno autocrático del emperador; debió hacer forzosamente concesiones, su autoridad se debilitó, y cierto día la nación supo por sus representantes que deseaba la lucha con Alemania.

PREPARATIVOS PARA LA GUERRA

Las guerras que Francia hizo al otro lado del Océano, simplemente con propósitos financieros, habían costado inmensas sumas y quebrantado profundamente sus fuerzas militares. Los franceses no estaban ni mucho menos *archipreparados* para una gran guerra; pero la sucesión española al trono debía servir de pretexto, sin embargo, para declararla. El día 15 de julio fueron llamadas á las armas las reservas francesas, y cuatro días después llegaba á Berlín la declaración de guerra, como si no se quisiera dejar pasar aquella oportunidad. Una división francesa recibió orden de marchar á la frontera española como cuerpo de observación. En Argel y Civitavecchia se dejaron las tropas absolutamente necesarias; París y Lyon tenían guarniciones suficientes; y todo el resto del ejército, 332 batallones, 220 escuadrones y 924 piezas de artillería, componiendo un total de 300,000 hombres, formaron el ejército del Rhin, que, dividido en ocho cuerpos, debía ser dirigido por un jefe central sin ninguna especie de intermediario. El mismo emperador era la única persona á quien correspondía esta difícil tarea, y el mariscal Bazaine recibió orden de encargarse del mando del ejército á medida que se reuniese hasta la llegada de aquél.

Es muy probable que los franceses contaran con las antiguas disensiones de las razas alemanas; á decir verdad, no consideraban á los alemanes del Sur como aliados, pero tenían esperanzas de reducirlos á la inacción por una pronta victoria y quizás atraerlos á su favor. Prusia era poderoso

antagonista, aun hallándose aislada, y disponía de un ejército más numeroso que el de los franceses; pero esta ventaja se podía contrarrestar por la rapidez de la acción.

El plan de campaña de los franceses basábase sin duda en los ataques imprevistos. Las poderosas flotas de guerra y los barcos de transporte debían utilizarse para un gran desembarque de tropas que contuvieran una parte de las fuerzas prusianas en el Norte, mientras que el grueso del ejército, según se supuso, esperaría el ataque de los franceses detrás de las fortalezas del Rhin. Tratábase de cruzar este río de una vez por más abajo de Estrasburgo, evitando así las grandes fortificaciones é impidiendo de este modo que desde un principio el ejército alemán del Sur, destinado á defender la Selva Negra, se uniese con el del Norte.

Para ejecutar este plan hubiera sido indispensable reunir las fuerzas principales del ejército francés en Alsacia; pero las líneas férreas eran tan insuficientes, que por de pronto no era posible conducir más de 100,000 hombres á Estrasburgo; de modo que 150,000 debían dejar los caminos de hierro cerca de Metz, permaneciendo aquí hasta que pudieran ponerse en movimiento. 50,000 hombres acamparon en Chalons como reservas y 115 batallones estaban dispuestos á marchar apenas la guardia nacional les hubiese reemplazado en el interior. Los diversos cuerpos se distribuyeron del modo siguiente:

- Guardia imperial, general Bourbaki, Nancy.
- I cuerpo, mariscal Mac-Mahón, Estrasburgo.
- II » general Frossard, Saint-Avoid.
- III » mariscal Bazaine, Metz.
- IV » general Ladmirault, Diedenhofen.
- V » general Faily, Bitsch.
- VI » mariscal Canrobert, Chalons.
- VII » general Félix Douay, Belfort.

No había, pues, más que dos cuerpos de ejército en la Alsacia y cinco en el Mosela. El día en que se hizo la declaración de guerra uno de estos últimos, el segundo, avanzó hasta cerca de la frontera alemana no lejos de Saint-Avoid y Forbach; pero recibió instrucciones para no empeñar ningún ataque serio.

Los regimientos habían abandonado sus cuarteles sin haber completado sus contingentes y sin el equipo suficiente; y entretanto las reservas se iban reuniendo en sus respectivos depósitos: las estaciones de las vías férreas estaban llenas de tropas y el tráfico de los ferrocarriles hacíaase con grandes dificultades.

La marcha de estas reservas al punto á que iban destinadas se retardó, porque á menudo no se sabía en cuáles estaciones estaban acampados

entonces los regimientos á que debían incorporarse; y cuando al fin se reunieron carecían de los artículos de equipo más necesarios. Los cuerpos y las divisiones no contaban con artillería ni bagajes ni ambulancia, ni apenas con personal de administración militar. Tampoco se habían establecido de antemano almacenes, de modo que las tropas debían depender de las fortalezas y éstas se hallaban mal abastecidas, pues en la seguridad de que los ejércitos serían enviados casi inmediatamente al país enemigo, no se atendió á este servicio.

Del mismo modo, los oficiales de estado mayor recibieron mapas de Alemania, pero no de los territorios franceses; el ministro de la Guerra en París se vió acosado de reclamaciones y protestas, y acabó por dejar que las tropas se arreglasen como pudieran. *Ya se desenredarán*, pensaban las autoridades centrales.

Cuando el emperador llegó á Metz, una semana después de haberse hecho la declaración de guerra, los regimientos no estaban aún completos, y ni siquiera se sabía con exactitud dónde estaban acampadas entonces divisiones enteras. El emperador mandó que las tropas avanzaran, pero sus generales declararon que las condiciones en que las mismas se encontraban no lo permitían por el pronto.

Poco á poco comenzaron á presentir que en vez de atacar al enemigo en su país, les sería necesario defender el suyo propio; circuló el rumor de que un numeroso ejército alemán se había reunido entre Maguncia y Coblenza; y en vez de enviar refuerzos desde Metz á Estrasburgo, se mandó á las tropas del Rin que se encaminaran al Saar. Al punto se renunció á invadir el Sur de Alemania, y aunque la flota se había hecho á la vela, no llevaba tropas de desembarque.

Aunque el comienzo de las hostilidades sorprendió á los alemanes, no los halló desprevenidos, pues la posibilidad de tal suceso estaba prevista.

Cuando Austria separó sus intereses de los demás Estados alemanes, Prusia se encargó por sí sola de la jefatura, preparando el camino para contraer relaciones más íntimas con la Alemania del Sur; había revivido la idea de la unificación nacional y tuvo eco en los sentimientos patrióticos de todo el pueblo.

De año en año habíanse revisado los medios para movilizar el ejército de la Alemania del Norte, en la previsión de que se introdujeran cambios en la situación militar ó política, por el estado mayor en unión con el ministro de la Guerra; y á todos los ramos de la administración, en el país entero, se les informó de cuanto debían saber sobre este asunto. En Berlín habíase llegado también á una inteligencia confidencial con los jefes del ejército de los Estados del Sur respecto á todos los puntos importantes, reconociéndose que Prusia no debía encargarse de la defensa de nin-



Napoleón III, emperador de los franceses

gún punto particular, como por ejemplo la Selva Negra, y acordándose que el mejor medio de proteger la Alemania del Sur sería hacer una excursión por Alsacia desde el Rhin central, que se apoyaría por el grueso de las fuerzas reunidas en este punto.

El hecho de que los gobiernos de Baviera, Wurtemberg, Baden y Hesse dejaran sin tropas á sus propios países para poner sus contingentes á las órdenes del rey Guillermo, prueba su entera confianza en los generales prusianos. Apenas se llegó á esta inteligencia, los demás preparativos eran fáciles de hacer. A cada división del ejército se le dió el cuadro de marchas y se le señaló el punto de partida, el día y hora de salir, la duración del viaje, las estaciones destinadas á descansar y el lugar de llegada. En el territorio de concentración, los acantonamientos estaban dispuestos por cuerpos y divisiones, y se habían establecido almacenes; así es que cuando se declaró la guerra necesitóse solamente la firma real para poner en movimiento todo el aparato con la mayor precisión. No se hubo de cambiar nada en las instrucciones que primeramente se dieron, y bastó ejecutar los planes preconcebidos y preparados.

Las fuerzas movilizadas se dividieron en tres ejércitos independientes, bajo una base trazada por el general del estado mayor prusiano.

El primer ejército, al mando del general Steinmetz, se componía en un principio sólo del séptimo y octavo cuerpos, con una división de caballería, sumando un total de 60,000 hombres: recibió orden de reunirse en Wettlich, formando el ala derecha.

El segundo ejército, á las órdenes del príncipe Federico Carlos, constaba de 134,000 hombres, constituyendo el cuerpo central: se componía del tercero, cuarto y décimo cuerpos de la guardia, con dos divisiones de caballería, y el punto para concentrarse era la inmediación de Homburgo y Neuenkirchen.

El tercer ejército, al mando del príncipe heredero de Prusia, debía formar el ala izquierda cerca de Landau y Rastadt, siendo su fuerza de unos 130,000 hombres: componíase del quinto y oncenos cuerpos prusianos, el primero y segundo bávaros, las divisiones de Wurtemberg y Baden y una de caballería.

El noveno cuerpo, compuesto de las divisiones de Hesse y del déci-moctavo, se unió con el de Sajonia para formar una reserva de 60,000 hombres y acampó delante de Maguncia para reforzar el segundo ejército, que así llegó á tener una fuerza de 194,000 hombres.

Los tres ejércitos juntos contaban 384,000.

Disponíase además del primero, segundo y cuarto cuerpos de 100,000 hombres; mas al principio no se contó con ellos porque los ferrocarriles destinados á su transporte no podían estar libres hasta los veintiún días,

La división décimaséptima y las tropas de la Landwehr debían atender á la defensa de la costa.

Como se ve, el ejército alemán era superior en número al francés: incluyendo las guarniciones y las tropas de reemplazo, podía contar con un millón de hombres y más de 200,000 caballos.

Durante la noche del 16 de julio expidióse la real orden para movilizar el ejército, y cuando S. M. llegó á Maguncia, catorce días después, encontró 300,000 hombres reunidos enfrente del Rhin.

En el plan de guerra concebido por el jefe del estado mayor y aceptado por el rey, se tendía desde luego á la toma de la capital del enemigo, ciudad que en Francia es de mucha mayor importancia que en otra nación cualquiera. Para conseguir esto, las fuerzas enemigas debían ser rechazadas con toda la persistencia posible de los Estados del Sur, abundantes en recursos, y empujadas hacia los territorios interiores del Norte.

Pero lo que ante todo caracterizaba el plan de campaña era la resolución de atacar al enemigo desde luego dondequiera que se le encontrase, manteniendo las fuerzas alemanas tan compactas que se pudiera realizar aquello siempre con una fuerza superior á la del contrario.

Los medios especiales para llevar á cabo este plan se adoptarían en la hora oportuna y sobre el terreno; lo único que se ordenó de antemano con todos sus detalles fué el avance hacia la frontera.

Es grave error creer que un plan de guerra se puede trazar para largo tiempo y realizar en todos sus puntos: el primer encuentro con el enemigo cambia del todo la situación, según sea su resultado; mucho de lo que se previó resultará impracticable, y en cambio se harán factibles cosas que en un principio se creyeron de imposible realización. Todo lo que el jefe del ejército puede hacer es formar juicio exacto del cambio que experimenten las circunstancias, preparar lo que sea oportuno para un período desconocido y llevar á cabo lo preparado con decisión y energía.

La salida de las tropas francesas en dirección á la frontera, sin estar bien preparadas para la campaña, medida en extremo funesta, se ordenó evidentemente con el fin de sorprender al ejército alemán con las fuerzas de que se disponía por el pronto, impidiéndole así un movimiento de avance; mas á pesar de esto, los jefes alemanes no se desviaron de su propósito de acumular sus ejércitos en el Rhin y cruzar este río. El transporte por ferrocarril de las tropas del segundo y tercer cuerpos, sin embargo, debía terminar en el Rhin, teniendo después estas fuerzas que marchar á pie siguiendo los acantonamientos de antemano preparados en la orilla izquierda; y desde allí habían de ir avanzando, pero únicamente lo necesario para dejar sitio libre á los que venían detrás, deteniéndose por de pronto en la línea marcada por las ciudades de Bingen, Durkheim y Landau,

El avance ulterior en dirección á la frontera no debía emprenderse hasta que las divisiones y los cuerpos se hubieran reunido y agregado todo el tren de bagajes necesario, debiendo desde entonces todas las fuerzas ir preparadas á combatir al enemigo en cualquier momento.

La reunión del primer ejército parecía ser la menos expuesta, porque sus movimientos estaban protegidos por un territorio neutral y por las guarniciones de Tréveris, Saarlouis y Saarbrücken, que venían á ser las avanzadas alemanas en el Saar.

El primer ejército, compuesto de 50,000 hombres, hallábase concentrado en Wadern en los primeros días de agosto; el segundo, que entretanto había aumentado su fuerza hasta 194,000, había extendido sus acantonamientos hacia adelante hasta la posición de Alsenz-Grunstadt, en las salidas de los desfiladeros de la cordillera de Haardt, posición que había sido bien reconocida por el estado mayor y desde la cual las tropas podían aventurar con confianza un ataque.

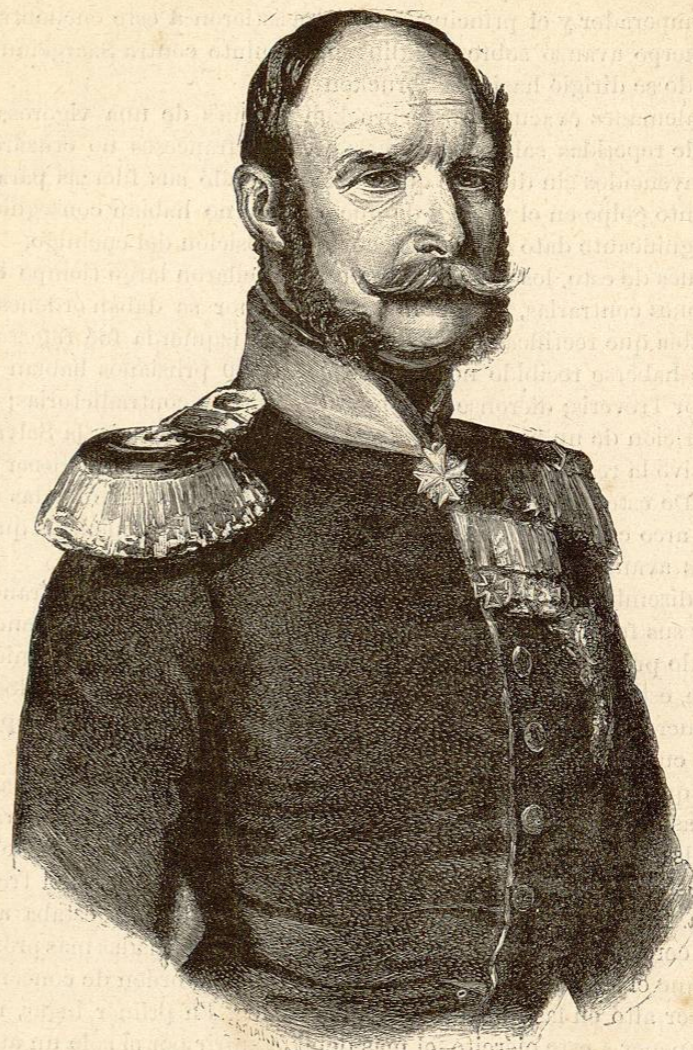
La quinta y sexta divisiones de caballería estaban explorando el país delante del frente del ejército, y el tercer ejército se reunía aún en ambas orillas del Rhin.

Hasta entonces los franceses no habían hecho ninguna tentativa seria en Saarbrücken; el teniente coronel Pestel pudo rechazar con éxito sus ligeros ataques con un batallón y tres escuadrones de caballería.

Entretanto habíase observado que los franceses se movían más hacia la derecha en dirección á Forbach y Bitsch, lo cual parecía indicar que los dos cuerpos franceses formados en Belfort y Estrasburgo podrían proponerse cruzar el Rhin para marchar sobre la Selva Negra. En su consecuencia era de suma importancia poner en movimiento el tercer ejército á la mayor brevedad posible, primeramente para proteger la orilla derecha del alto Rhin por un avance sobre la izquierda, y en segundo lugar para cubrir la marcha del segundo ejército hacia este lado.

Al efecto expidióse una orden telegráfica en la noche del 30 de julio; mas el general que mandaba el tercer ejército quiso esperar la llegada del cuarto y del tren de bagajes. A pesar de este aplazamiento, el segundo ejército recibió orden de dirigirse hacia el Saar, donde los franceses comenzaban á moverse.

Habían éstos dejado pasar los días durante los cuales hubieran podido aprovecharse de su precipitada movilización, pero el estado de las tropas había sido poderoso obstáculo á toda actividad. Francia esperaba hacia tiempo noticias de victoria. Era preciso hacer algo para mitigar la impaciencia pública, y para esto los franceses resolvieron, como en tales casos suele hacerse, practicar un reconocimiento atrevido, cuyo resultado fué el que generalmente tienen esta clase de operaciones.



Guillermo I, rey de Prusia

El 2 de agosto tres divisiones enteras marcharon contra tres batallones, cuatro escuadrones y una batería que estaban en Saarbrücken: el mismo emperador y el príncipe imperial asistieron á este encuentro; el tercer cuerpo avanzó sobre Volklingen, el quinto contra Saargemund y el segundo se dirigió hacia Saarbrücken.

Los alemanes evacuaron Saarbrücken después de una vigorosa defensa y de repetidas salidas ofensivas; pero los franceses no cruzaron el Saar, convencidos sin duda de que habían gastado sus fuerzas para dar un violento golpe en el vacío y de que con ello no habían conseguido el más insignificante dato sobre los recursos y posición del enemigo.

Después de esto, los generales franceses vacilaron largo tiempo entre resoluciones contrarias, y ante un simple rumor se daban órdenes que luego había que rectificar á toda prisa. El ala izquierda fué reforzada á causa de haberse recibido noticia de que 40,000 prusianos habían marchado por Tréveris; diéronse á la guardia órdenes contradictorias; y la sola aparición de un pequeño destacamento en Lorrach, en la Selva Negra, motivó la resolución de que el séptimo cuerpo debía permanecer en la Alsacia. De este modo las tropas francesas halláronse diseminadas en el extenso arco comprendido entre el Nied y el alto Rhin, mientras que los alemanes avanzaban en masas compactas sobre el Saar.

Esta diseminación del ejército indujo por último á los jefes franceses á dividir sus fuerzas en dos ejércitos: el mariscal Mac-Mahón se encargó del mando provisional del primero, quinto y séptimo cuerpos, teniendo, por ende, este último que salir de Bitsch para unirse á los otros dos; los demás cuerpos quedaron á las órdenes del mariscal Bazaine, excepto la guardia, cuyo mando se reservó el emperador.

Para que el tercer cuerpo pudiera seguir su marcha de avance hacía urgente asegurar el ala izquierda contra los ataques de las fuerzas francesas de Alsacia; y de consiguiente, el tercer ejército recibió orden el día 4 de agosto de cruzar la frontera sin esperar más la llegada del tren de artillería. El primer ejército, que formando el ala derecha estaba acampado ya cerca de Wadern y Losheim, tres ó cuatro jornadas más próximo al Saar que el segundo ejército ó del centro, recibió orden de concentrarse y hacer alto en las inmediaciones de Thaleg. En primer lugar, no se debía exponer á este ejército, el más débil, á sufrir por sí solo un ataque del grueso del ejército enemigo; y en segundo, había que utilizarlo como flanco ofensivo en el caso de que el segundo ejército encontrase al enemigo al salir de los bosques del Palatinado.

Para ejecutar esta orden, el primer ejército había extendido sus acantonamientos en la dirección Sur hasta la línea de marcha del segundo ejército, y hubo de evacuar sus cuarteles cerca de Ottweiler, operación

difícil de ejecutar, pues todas las ciudades y pueblos del Norte estaban ocupados y era necesario también buscar sitio para el primer cuerpo, que avanzaba por el camino de Birkenfeld. El general Steinmetz resolvió, en su consecuencia, marchar con todas sus fuerzas en dirección á Saarlouis y Saarbrücken. El día 4 de agosto el segundo ejército se había reunido y estaba dispuesto para entrar en operaciones, recibiendo entonces orden de marchar al otro lado de la zona de bosques de Kaiserslautern.

BATALLA DE WEISSENBURGO (4 DE AGOSTO)

En este mismo día los cuerpos del tercer ejército, que habían vivaqueado detrás del Klinsbach y formaban un conjunto de 128 batallones, 102 escuadrones y 80 baterías, cruzaron la frontera francesa, avanzando en una extensa ala hasta las orillas del Lauter, desde Weissenburgo á Lauterburgo. Este río ó más bien arroyo tiene condiciones para una vigorosa defensa, pero el 4 de agosto solamente una reducida división y una brigada de caballería, pertenecientes al primer cuerpo francés, cubrían aquel punto, hallándose aún el grueso de las fuerzas de dicho cuerpo en marcha hacia el Palatinado.

A las primeras horas de la mañana, los bávaros, formando el ala derecha, hallaron una resistencia vigorosa ante los expuestos muros de Weissenburgo; pero poco después los cuerpos prusianos cruzaron el Lauter por más abajo: el general Bose condujo el cuerpo onceno hasta el Geisberg á fin de envolver el ala derecha de los franceses y el general Kirchbach avanzó con el quinto contra el frente del enemigo. En el entretanto se habían reunido treinta piezas de artillería contra la estación del camino de hierro de Weissenburgo, y así ésta como la ciudad fueron tomadas después de un sangriento combate.

A eso de las diez el general Douay ordenó la retirada, que resultaba muy aventurada y peligrosa á causa del movimiento contra el Geisberg; para hacerla posible, el castillo de este nombre, formidable fortaleza, hizo una tenaz resistencia. Los granaderos del séptimo regimiento del Rey asaltáronla repetidas veces sufriendo inmensas pérdidas, pero inútilmente; la guarnición del fuerte no se rindió hasta que tras grandes esfuerzos consiguieron los alemanes emplazar su artillería en la cumbre de la montaña.

La división francesa, que había sido atacada por tres cuerpos alemanes, efectuó su retirada después de una obstinada lucha, aunque en gran desorden, sufriendo muchas pérdidas, entre las cuales se contaba la de su intrépido jefe. Los alemanes habían experimentado también un número relativamente considerable de bajas, pues perdieron 91 oficiales y 1,460